

## PRÓLOGO

*Finalizaba el primer cuarto del siglo XVI cuando en el Perú de los Incas empezaron a circular vagas noticias acerca de la presencia de gentes extrañas en el continente. Por esos años, postreros del gobierno de Guayna Cápac, el imperio andino llevaba su dominio desde el Rumichaca en la frontera colombo-ecuatoriana, hasta el Aconcagua y el país de los Chiriguano por el Sur, y de la ceja de selva a las orillas del mar. Por su dilatada extensión geográfica lejos estaba de haberse consolidado su dominio.*

*Merced a una avasalladora conquista militar, en menos de un siglo, como ya hemos mencionado, los señores orejones del Cuzco, aristocracia eminentemente guerrera a partir del acceso al poder de Pachacuti, habían logrado el sometimiento de numerosas naciones que antes se desarrollaron independientes o interdependientes en un ámbito local o regional. Y por lógica, los curacas o reyezuelos de esas naciones aceptaban de mal grado el dominio, proyectando en todo momento la sublevación con la mira de recuperar la perdida autonomía. Pero la carencia de unidad nacional era apenas uno de los varios problemas que enfrentaba el Tahuantinsuyo, por los años en que la mayor potencia imperialista del orbe, España, extendía sus ambiciones allende los mares.*

*Finales del gobierno de Guayna Cápac, decíamos, años en que las revueltas se hicieron frecuentes en el Imperio de los Incas, razón por la cual ese gobernante apenas pudo mantener el dominio conquistado por sus predecesores, sin realizar avances expansionistas de importancia. A consecuencia de ello, frecuentes fueron también las represiones sangrientas, sobre todo en el Chinchaysuyo, castigos que resentirían contra los Incas a muchas de las naciones sometidas y, por desgracia, en vísperas de la invasión española. Con todo, Guayna Cápac, cuyo apoyo principal estuvo constituido por la casta militar del imperio, estableciendo la sede de su gobierno en Tumipampa quiso convertirla en eje de nuevas conquistas hacia el Norte, hacia esa región con la que se mantenía hasta entonces sólo relaciones comerciales y de donde, precisamente, provenía la asombrosa nueva de que extraños seres venían por el mar.*

*Relata la crónica occidental que Guayna Cápac llegó a presagiar la catástrofe del imperio autóctono y su conquista por aquellos; no es fácil creerlo, teniendo en cuenta que el Inca se consideraba líder del ejército más poderoso del mundo. Pero lo cierto es que ya en ese tiempo, los antiguos peruanos recibieron informes precisos acerca de lo que acontecía más allá de sus fronteras septentrionales.*

*La muerte de Guayna Cápac, en oscuras circunstancias, provocó el vacío de poder en el Tahuantinsuyo. La casta militar controlada por la dinastía de los Hanan Cuzco y por la panaka de Pachacuti, encabezada por Atahuallpa estacionado por entonces en Quito, se negó a aceptar la proclamación que se hizo en el Cuzco de Huáscar como Inca con el apoyo de la dinastía de los Hurin Cuzco y de la casta religiosa. Esto último fue un verdadero golpe de estado y la pretensión de restaurar los viejos moldes que habían existido antes de Pachacuti. Devino entonces inminente la guerra civil, pero ésta aún demoró algunos años, durante los cuales, aparte de crecer los odios entre las facciones enfrentadas, multiplicándose a la vez los levantamientos locales, sin que los antiguos peruanos siquiera lo sospecharan en Europa se firmaba la declaración de guerra contra ellos.*

*En efecto, tras conocer detalles acerca de los viajes de exploración llevados a cabo por algunos de sus audaces súbditos, la corona española, por Capitulación firmada en Toledo el 26 de julio de 1529, autorizó a Francisco Pizarro para emprender “el dicho descubrimiento, conquista y población de la dicha provincia del Perú”, nombrándolo “gobernador y capitán general de toda la dicha provincia del Perú, y tierras y pueblos que al presente hay”.*

*Amparada por la autorización papal, supremo poder espiritual de entonces, la corona española, proclamando el noble ideal de extender las luces de la civilización y la fe católica, se había lanzado, a partir del descubrimiento efectuado por Cristóbal Colón, a la conquista y saqueo de los pueblos del nuevo continente, anexándolos a su dominio y repartiendo entre los conquistadores sus tierras y colectividades humanas. Así de fácil y “legal”: por el hecho de no ser cristianos, absurdo alegato, nuestros ancestros nativos fueron considerados “bárbaros” y, por tanto, susceptibles de ser conquistados mediante la guerra. Reyes y papas, representantes de los poderes supremos temporal y espiritual en Occidente, invocaron el nombre de su dios para autorizar a los conquistadores la esclavización de los pobladores de América. Al respecto, bastará citar lo que la reina de España señaló a Francisco Pizarro en la mencionada Capitulación de Toledo: “En lo que toca a los indios naborías que teneís... es nuestra voluntad y mandamos que los tengáis y gobernáis y sirváis de ellos, y que no os sean quitados ni removidos por el tiempo que vuestra voluntad fuera”. Merced de tales argucias, teniendo la ambición por motivación principal y sabiendo que lo de llevar las luces de la civilización occidental y la evangelización cristiana eran sólo pretextos que quedaban en el papel para dar apoyo “legal” a la conquista, Pizarro y su gente se aprestaron a invadir el Perú.*

*De esa España gobernada por la alianza clero-nobleza no salieron a la conquista sino las gentes sin fortuna, aunque sus conductores fueron ciertamente audaces navegantes y valientes guerreros, a quienes apoyó la incipiente burguesía de sus ciudades, los comerciantes y prestamistas. Estos últimos fueron los capitalistas de la empresa; el estado actuó en forma secundaria, aunque a la postre resultó el más beneficiado. El clero y la nobleza pasarían al Perú sólo después de consolidada la conquista, luego de que el Estado imperialista español lograra reprimir los brotes separatistas de los plebeyos conquistadores que intentaron convertirse en señores feudales americanos. Aunque el feudalismo, en novísima versión extemporánea, se asentó en la tierra conquistada.*

*Por ironía del destino, aquel mismo 1529 estallaba en el Perú la trágica guerra civil entre los Incas, como epílogo de contradicciones de antigua y nueva data. No lo sabían aún los españoles, pero ese conflicto facilitaría la ejecución de sus planes. En esas condiciones, la empresa de los invasores no fue tarea muy difícil. Por ello, con mucha razón admitiría uno de los Pizarro: "Si la tierra no estuviese divisa... no la pudiésemos entrar ni ganar si no vinieran juntos más de mil españoles a ella".*

*Porque al momento de desatarse la invasión española, se agudizaban en el imperio varias contradicciones: Hurin Cuzco contra Hanan Cuzco; panaka de Pachacuti (nucleada en torno a Atahuallpa) contra panaka de Túpac Inca Yupanqui (que apoyaba a Huáscar), vale decir Hanan contra Hanan; aristocracia sacerdotal contra aristocracia guerrera (clero solar contra ejército); estado imperial contra señores locales (Cañaris, Chachapoyas, Huancas, etc.); estado imperial contra esclavos yanaconas (llamados también mitimaes forzados); estado imperial contra campesinado hatunruna (vasto sector perjudicado por la guerra), etc.*

*En ese momento las contradicciones se habían agudizado al interior de la casta de los orejones, pero el proceso subsiguiente de la invasión española, cuya respuesta fue la guerra de resistencia Incaica, dio cauce a la agudización de las otras contradicciones, al sublevarse contra el Tahuantinsuyo varios señores locales y miles de esclavos yanaconas, en medio de un trastorno total cuyo epílogo fue la destrucción del estado autónomo y la anexión de su territorio a un imperio extranjero. Mas a pesar de la realidad caótica, los pueblos peruanos presentarían resistencia a los españoles desde el momento de su intromisión en nuestras tierras, resistencia que, si bien improvisada y con poca organización, no iba a cejar en ningún momento. Así lo señaló Pedro de Cieza de León, el más veraz de los cronistas, quien recogiendo versiones así españolas como peruanas escribió: "Los*

*indios de los valles, como entendieran haber poblado su tierra aquellas gentes, pesóles en gran manera... (y) hubo pláticas secretas entre ellos para les mover guerra”.*

*Punto aparte merece la mención del aparato bélico que enfrentaron los españoles a los antiguos peruanos. Tremenda diferencia: ellos trajeron cañones, arcabuces, espadas, picas, lanzas, ballestas, armaduras; caballería aplastante; perros amaestrados en la caza de indios, etc. Y los conquistadores no fueron los 160 que han repetido las versiones hispanistas, porque con ellos alinearon numeroso contingente de indios aliados traídos de Centro América, y en tal número que un conquistador escribió en el istmo de Panamá que esas tierras se despoblaban por los muchos nativos que se llevaban para el Perú. Contaron también los españoles con destacamentos de guerreros negros, hábiles en guerras contra indios. Y por si fuera poco, tuvieron pronto el auxilio venido por el mar, con lo que la conquista se tornó incontrovertible. Comprobada la existencia del país del oro, nada hubiera impedido la conquista del Tahuantinsuyo. Una maquinaria bélica propia de la Europa Renacentista, enfrentada a una que emergía de la Edad de Piedra, lógicamente habría de resultar, tarde o temprano, vencedora.*

*Finalmente, cabe anotar que buena parte de los antiguos peruanos tuvo la desdicha de considerar dioses a los invasores. Asombrados de verlos salir del mar, extrañamente vestidos, con poderes que consideraban sobrenaturales, los creyeron hijos del dios Viracocha. Desde 1528, año en que los invasores desembarcaron en los poblados costeros del norte peruano, la versión empezó a circular en el Tahuantinsuyo. Tumbesinos, Tallanes y Lambayeques, tras ser visitados por los extraños seres barbados, los vieron desaparecer nuevamente en el mar, tan sorprendentemente como habían emergido, y admirados los llamaron Viracochas. Hasta el decadente clero solar cuzqueño llegó a aceptar tal calificación divina cuando, tres años más tarde, los invasores volvieron anunciando que, enviados por el supremo dios, venían a apoyar la causa de Huáscar contra Atahuallpa. Este último, en cambio, jamás creyó en la divinidad de los invasores; las habladurías de los costeros nunca fueron consideradas seriamente por su círculo, que desde un principio calificó a los españoles de ladrones, haraganes y viciosos, disponiéndose a combatirlos, pero los atahuallpistas tuvieron la fatalidad de menospreciar el poder bélico del enemigo, y así, queriéndolos encerrar en una trampa, los dejaron entrar en Cajamarca. Más les hubiera valido destruirlos en la cordillera, que bien pudieron hacerlo, como recomendaron algunos previsores líderes, caso Rumi Ñahui. Porque en noviembre de 1532 la trampa de Cajamarca se volvió contra ellos, y de la manera más terrible.*

*En este libro se reconstruye con detalle los hechos que marcaron el ocaso del Tahuantinsuyo, incidiendo de manera especial en la resistencia librada por los pueblos del norte, en un período que antecedió a la gran guerra patria que luego desataría el ejército atahuallpista, con holocausto de sus mejores cuadros.*

*Bien se sabe que no fue fácil para la España de Carlos V sojuzgar al Tahuantinsuyo. Cuarenta años de cruenta lucha, entre 1532 y 1572, le serían necesarios para lograr la conquista total del país de los Incas. Porque recién con la muerte de Túpac Amaru, el último Inca de Vilcabamba, ejecutado bajo la tiranía del virrey Francisco de Toledo, pudieron decir los españoles que la conquista era un hecho consumado. Tras ello sobrevino el caos para las grandes mayorías nativas, signado por el genocidio y la imposición de un dominio de clase y de raza, cuyas secuelas traumáticas perviven hasta el presente.*

*Este libro ha tenido por especial motivación el diálogo constante con nuestros colegas profesores y con nuestros jóvenes estudiantes. Su principal propósito es el de poner en relieve la gesta heroica de nuestros primeros héroes libertarios, y en esto sigue las huellas de los valiosos trabajos de Juan José Vega, Edmundo Guillén Guillén y Hernán Amat Olazábal, científicos sociales que pugnan por la difusión de una historia auténticamente peruana, que es la única capaz de nutrir la difícil construcción de la identidad nacional.*

*La Cantuta, 8 de mayo del 2007.*